

Un anciano está bajando á tientas por un cerro del Ática apoyado en un bordón : paso entre paso, en una hora no ha descendido diez toesas. Cada guiño, un tropezón; cada hoyo, una caída. Ni un perro le guía al infeliz, porque es ciego tan desgraciado que el lazarillo fuera en él boato reprehensible. Por dicha le importa poco que el sol se ponga : oriente y occidente, mañana y tarde, día y noche, todo es lo mismo para él; sus ojos duermen á la luz, y él anda por el mundo á tiente paredes, hijo de las sombras, cuyo seno conmueve con dolorosos suspiros. Llegó por fin á la ciudad : palpando las murallas, cerca de una tienda, supo que estaba donde oídos humanos pudieran reconocer la presencia de un hambriento, sediento y desnudo, y levantó la voz, cantó un fragmento de poema. ¡ El ciego ! exclaman adentro, ¡ el ciego de la montaña ha venido ! Pide pan en nombre de sus héroes; démoselo en nombre de los dioses : Homero es una bendición en todas partes. Y una mujer caritativa sale, toma al viejo, le entra en su tienda, le da de comer y le abriga con sus propias mantas. Al otro día el ciego besó la mano á su bienhechora, se despidió y se fué á cantar á otra puerta y pedir caridad en otra parte. Había trabajado cuando mozo : fué mercader, corrió mares, visitó puertos : el ciego había sudado la santa gota de la actividad humana, buscando la vida, combatiendo á la muerte, ganando terreno sobre la miseria : fuerza intelectual, fuerza moral, fuerza física estuvieron en continuo movimiento en esa persona dotada de todas las fuerzas; y sin embargo, la desgracia, andando sobre él, bien como tigre que se aferra sobre el elefante, le siguió y le devoró sin consumirlo muchos años. Ese antiguo estaba en la última vida, como Job : por la inteligencia, la sensibilidad, la virtud y las desgracias,

iba á entrar en la categoría de los entes superiores, después de haber vivido siglos en mil formas. ¿ Quién negará el influjo de una divinidad recóndita sobre ciertos individuos providenciales? Ni el talento, ni la habilidad, ni el trabajo pueden nada contra su suerte; suerte negra, en cuyos laboratorios no se destilan sino lágrimas para los predilectos de la naturaleza, y vino de Chipre y ambrosía para los hijos de la fortuna.

En un barrio obscuro de Londres, casi fuera de la ciudad, vivía bajo humilde techo un hombre de años en un cuartito mezquino en casa ajena. Este hombre, viejo y ciego como el anterior, no contaba con más arbitrios que los escasos dineros que sacaba de sus versos vendidos por sus hijas. Su mujer se cansó de él; sus hijas mismas le hicieron traición, en cierto modo. Lloraba el viejo, porque era desgraciado : el pan, mal seguro, no de cada día : vino, nunca por sus manteles. En cuanto á la luz artificial, importábale poco, puesto que ni la veía, ni sabía si estaba ó no ardiendo en su aposento. Llegó á tener hambre el mísero : devoróla santamente en memoria de lo que en otro tiempo se había satisfecho. Porque éste sí, para ser ciego, había visto más que todos; para carecer de lo necesario, había nadado en lo superfluo; para ser desconocido y triste, había brillado en la corte al lado de un poderoso. Ahora, no solamente se come las manos, sino también huye de sus semejantes : sus compatriotas no pueden oír su nombre sin dejarse arrebatarse de la venganza; y si supieran que está vivo, no le fuera bien contado, pues de debajo de las piedras le sacaran. Este mendigo ha sido ministro poderoso de un gran tirano, ha encubierto malas obras, ha

sufrido se derrame sangre, sangre de reyes. El ciego oculto en una callejuela de Londres, el muerto de hambre, el zarraspastrón, es Milton, ministro de Oliverio Crónwell. Cuando perteneció en cuerpo y alma á la política; cuando fué malo, cómplice de un regicida, opresor de su patria, las riquezas le asediaron, los bienes del mundo le abrumaron: triunfos y placeres, suyos fueron: llamándose feliz, anduvo el cuello erguido, los ojos insolentes. Hoy que no es el hombre de la sangre sino el de las lágrimas; no el de la ambición sino el de la abnegación; no el del orgullo sino el de la modestia; no el del crimen sino el de las virtudes, los bienes de fortuna han huído de él cacareando como aves espantadas. Riqueza y virtud implica: hambres, dolores, ayes agudos, con rostros de ángeles enemigos ó demonios propicios, forman la cariátide sobre la cual está sentada la suerte de los grandes hombres. Milton, ministro de Crónwell, fué rico y feliz: Milton, poeta del *Paraíso Perdido*, fué menesteroso y esencialmente desgraciado. No hay duda en que un Genio invisible va guiando hacia la gloria por entre abrojos y cardos á los hijos distinguidos de la naturaleza.

En una carrera aristocrática de París vivía de igual modo hasta ayer otro hombre, dueño de un palacio suntuosísimo. El viajero que andando del parque de Monceau al Arco de la Estrella ha pasado por la Alameda Friedland ha visto, sin duda, una como morada real de piedra viva y dorados capiteles. El oro, la pedrería fina ruedan á destajo en esa mansión de príncipes: Lacayos de librea, con ancha franja amarilla en el sombrero negro, están para saltar al pescante de la carroza que va á salir al poder de cuatro caba-

llos árabes. No esperan sino al amo. Héle allí: baja ya las gradas de mármol: su rostro viene ardiendo en un bermejor que no es de la naturaleza: gruesos diamantes al pecho en forma de botones: un carbunco, envidia de reinas, está fulgurando en el meñique del príncipe ó señor. Viejo parece éste á pesar de la juventud facticia del afeitado. Su mirada contiene un mundo de desprecio por el género humano: es millonario de sangre real: sus semejantes no son semejantes suyos; los aborrece ó los desdeña. Bajó: sube al dorado coche: el látigo chasquea, los nobles corceles toman sublime trote, devoran la distancia y, luego comparece la real carroza en las encrucijadas del Bosque de Boloña, donde está hirviendo la nobleza de Francia. Ese príncipe que tiene entrambos pies en la cúspide de la prosperidad humana por lo que toca á las comodidades, las riquezas, los honores, ¿ será por ventura hombre de mérito que ha llegado á ese punto por sus obras? No: es un maniático, medio loco y medio idiota: vive y ha vivido siempre hundido en los vicios: carece de inteligencia, y no le envalentona siquiera el brío fermentado de la soberbia. Nada ha hecho en su favor: ni ha pensado, ni ha trabajado, ni ha deseado cosa ninguna, y todo lo tiene, y todo le sobra, y con su esplendor insulta la modestia de los hombres de virtudes (1). He aquí otra prueba viviente del principio sentado en mala hora por el seudo-filósofo: « Todo hombre es autor de su propia fortuna »; principio que trae consigo una torpe falsedad y una calumnia á los desgraciados ilustres que no han perdido una hora de la vida ni se

(1) El personaje á que aludimos aquí es el duque de Grunswick, como bien le reconocerán en los toques de su fisonomía los que de él tengan noticia. Nosotros le hemos visto así como le delineamos.

han dado punto de reposo, trabajando en la obra de los buenos, que es la civilización y la felicidad del género humano. Difícil sería para cualquiera aducir pruebas de que una divinidad oculta persigue incesantemente á los hombres que prevalecen por la inteligencia y la sensibilidad; y trayendo la proposición al campo del raciocinio, vendríamos á parar en que las desgracias anexas á esos individuos vienen á ser naturales, por cuanto en lo menos que ellos piensan es en su comodidad, y no se van desalados tras los bienes de fortuna, debajo de cuyo imperio militan los hombres vulgares, los ruines, los egoístas, y toda esa caterva que compone el globo despreciable de las ciudades y las naciones. Y todavía, ante el cuadro lastimoso de poetas, filósofos, inventores de las cosas, descubridores de mundos, grandes escritores, políticos eminentes, héroes de la virtud que se van á la eternidad oprimidos por el hambre, rendidos de fatiga, acoceados por sus semejantes, empapados en sus propias lágrimas, no habrá quien nos quite del corazón que un misterio inescrutable se está desenvolviendo en ellos desde el principio del mundo; misterio que vendrá por ventura á sernos revelado el último día de los tiempos, cuando las tinieblas vuelen rompidas á la nada, y el cielo abierto nos inunde en luz nueva y nos harte de verdad. Entonces admirados diremos : Esto había sido : y nos postraremos ante el dueño de los secretos humanos y divinos, y levantaremos á él los ojos, y exclamaremos : ¡ Señor, tu obra es buena ! ¡ Señor, tu obra es perfecta ! ¡ Señor, tu obra es santa !

Las naciones ofrecen todas ejemplares de esta guerra del mundo á los hombres que son honra y gloria de su

especie : no hay una de la cual no pudiéramos decir lo que de Irlanda : *Hibernia semper incuriosa suorum*. El escándalo que ha dado Portugal dejando pedir limosna y morir de hambre al mayor de sus hijos, lo ha dado Inglaterra en Milton, Alemania en Weber y en Mozart, Francia en Molière, Italia en Dante, España en Colón y en Cervantes. Las que no han erigido estatuas á sus varones ínclitos, las erigirán luego; mas yo tengo para mí que ni la diadema de laurel que ciñe la frente de los bustos del Alighieri, ni el fulgor que despiden los retratos de Camoens, ni el mármol que condecora la ciudad de Madrid representando á Miguel de Cervantes, les van á saciar en la eternidad las hambres que padecieron, aliviar los dolores que sufrieron, ni enjugar las lágrimas que derramaron. Cosa es que le hace á uno erizarse los cabellos y correrle por las carnes un fatídico hormiguillo, ver á Cristóbal Colón padecer y gemir en triste abandono, tendido en la obscuridad en un rincón de Valladolid. El monarca estaba al corriente de la situación del gran descubridor; los españoles sabían del modo que estaba agonizando el dueño de un mundo; y Colón se moría sin auxilio humano, si bien el divino, hombre predestinado al fin para la gloria, no podía faltarle. Expiró. Tan luego como el gobierno de su majestad supo que el Almirante había fallecido, se colocó sobre la envidia y la indolencia, y allí fueron los decretos reales para engrandecer y ennoblecer al difunto; allí las exequias de príncipe; allí la admiración escandalosa; allí el dolor resonando en llanto sublime del uno al otro extremo de la monarquía. El que acababa de morir cual un mendigo, nacía para la grandeza en ese instante : ese cadáver cubierto de harapos, insepulto, caliente aún, es augusto como cuerpo de rey.

El día que murió Colón nació para los pueblos civilizados, la gratitud le reconoció y el amor le empezó á mecer en cuna de oro. El día de su muerte nacen los hombres verdaderamente grandes. El mayor de los griegos, herido en el campo de batalla, teme arrancarse el acero que tiene clavado en el corazón, hasta que no sabe el éxito de la jornada, y como sus compañeros de armas acudiesen á él apellidando victoria, y luego al verle rompiesen á llorar perdidos : « ¡ Tebanos ! les dice el héroe expirante, vuestro general no ha muerto ; al contrario, hoy, hoy, este día tan glorioso es cuando nace Epaminondas ». Se arranca la espada del costado y muere. El día de su muerte nacía Epaminondas ; el día de su muerte nació Cristóbal Colón ; el día de su muerte nacen todos los hombres para quienes vivir es morir trabajando al yunque de la gloria.

En las naciones para las cuales caridad es parte de la sabiduría, y no se tienen por cultas sino practican las obras de misericordia, los ciegos tienen hospicios donde las comodidades rayan en lujo ; los tullidos no hacen sino alargar el brazo para tomar el pan y el vino ; los paralíticos reposan en suaves lechos, y por medio de máquinas ingeniosas vacan á todos los movimientos necesarios ; los sordo-mudos se crían, se educan, aprenden á *oir* y *hablar* por medio de inventos maravillosos, imaginados con amor ardiente por los filántropos ; los niños desvalidos tienen socorro, los expósitos hallan madre : las malas mujeres ; hasta ellas ! pueden refugiarse en un palacio, cansadas del vicio, atraídas por el aliento de la virtud. Los inválidos son dueños de alcázares fastuosos : allí cada uno tiene su cómoda celda, su pegujalito donde toma sol y siembra

su repollo : el refectorio, aseado, abundante ; la cama limpia, los claustros ó corredores alegres con luz de sol mañana y tarde. Sólo para los sabios, los filósofos, los poetas, los varones perillustres no han levantado hasta ahora en ninguna parte un asilo conveniente, y muy dichoso ha de ser Luis Camoens si halla una tarima en el hospital de mendigos. Edgar Poe, el joven inspirado, el gran poeta de los Estados Unidos del Norte, se andaba hasta ahora poco arrastrando por calles y tabernas, cubierto de lodo, tristemente feo y despreciable ; y ese cuerpo de borracho había sido santuario de las Musas. Andrés Chénier no se escapó del hospicio ó de la esquina de la calle, sino gracias al patíbulo que le recogió á tiempo. Cuando este amable ingenio se daba de calabazadas contra las paredes de su calabozo exclamando : « ¡ Lástima ! algo hay aquí en esta cabeza », no sabía que lo que le iba á tomar el verdugo le hubiera tomado la miseria ; ó más bien, lo supo, porque á fuero de apasionado á las letras humanas, Minerva le había ya ungido con el aceite mágico que confiere órdenes de gloria con imposiciones de hambre y harapos. Beker, el Tirteo de la Germania amenazada, fué infeliz hasta el último suspiro. Gilbert padeció cuanto alcanzan á padecer seres humanos. Hoffmann, gotoso, llagado el cuerpo, mortalmente dolorido, se hace arrastrar á la ventana para ver desfilar á sus ojos la comparsa de la comedia universal. Éste al fin no fué tan desdichado : en medio de sus enfermedades incurables, sus dolores intensos, sus privaciones, le queda un bien, un grande bien : su esposa no le abandona ni le asquea ; al contrario, santamente enamorada, vierte sobre las úlceras de su corazón el bálsamo de sus lágrimas, al tiempo que suaviza

con benéficas unturas las dolorosas escoriaciones de sus miembros. Feliz mil veces el que puede decir : « Mi mujer », y descansar en su seno, y morir en sus brazos, oyéndola pronunciar juntamente el nombre de Dios y el de su marido, envueltos en lágrimas que el ángel de la guarda está recogiendo en ánfora invisible.

CAPÍTULO IX

Don Manuel de la Revilla, escritor contemporáneo de los más notables de la Península, se ha empeñado en quitarle á Cervantes la joya más preciosa de su diadema, negándole en mala hora la miseria y las desgracias, por sincerar á su patria de la nota de egoísta é indolente. ¿No sabe don Manuel que no hay verdadera gloria sin desgracia, y que el infortunio es el hoplita descubridor que les va abriendo el campo á los varones ínclitos?

*Oui, la gloire l'attend ; mais arrête et contemple
A quel prix on pénètre en ces parvis sacrés :
Vois, l'Infortune assise á la porte du temple
En garde les degrés.*

El infortunio, sí señor, el infortunio es el dragón que cuida las manzanas de oro en el jardín de las Hespérides : el que desea apoderarse de ellas á todo trance, ha de pelear con ese monstruo y vencerle en singular batalla ; y puesto que le venza, no ha de salir sino chorreando sangre el

cuerpo, el corazón herido, el alma ensayada al fuego. Terrible es esa aventura : los cruzados que fueron en busca de Reinaldo pasaron por entre los demonios que guardaban la mansión encantada de Armida en forma de grifos, tigres y serpientes, apartándolos y enmudeciéndolos con la varilla de virtudes : contra los custodios de la gloria, esta manzana de oro cuyas entrañas abrigan sabores y placeres iamortales, no hay varilla de virtudes. Esos monstruos no huyen ; se les van encima á los atrevidos, y se les comen el alma rompiéndoles el cuerpo con uñas envenenadas. Terrible es esa aventura : para acometerla, el caballero ha de ser de los más famosos andantes, de esos que, armados de todas armas, se van sobre el Endriago y le cortan la cabeza, dejando allí los vestidos y la mitad de su sangre. Don Manuel de la Revilla nos recuerda que el duque de Béjar y el conde de Lemos fueron caritativos para con Cervantes, y que éste no padeció las necesidades que nuestro siglo acostumbra echar sobre la nación hispana como otros tantos cargos de mezquindad y egoísmo. ¡ El duque de Béjar ! ¿ Ese grande de España que con sus dádivas no consiguió sino labrar el olvido del agraciado ? ¿ Cómo daría, cuánto daría el pobre duque, cuando su nombre ni más volvió á salir de los labios de Cervantes, desde que éste hubo recibido su limosna ! Ó la dió como suelen dar los soberbios, despreciando y alabándose, ó fué tan cicatero, que lejos de infundir gratitud en el pecho del hambriento, infundió desprecio ; pero desprecio humano y generoso, de esos que se duermen y quedan muertos en el silencio.

Clemencín da mucho á entender y deja al lector mucho que adivinar con sus cultas reticencias, tocante á la frial-

dad del más agradecido de los hombres para con el señor duque protector. El conde de Lemos sí, más constante y bien intencionado; pero generoso, ni él. ¿Cómo sucede que estos ricos, estos botarates que echan por la ventana veinte mil duros en una noche de luminarias, ó en un festín de quinientos platos; cómo sucede, repetimos, que éstos que tienen para hartar de ficédula, pitirrojo, alondra y ave del paraíso, asentados con brazos de mar de Tokay y Roederer, á sus reyes, sus parientes, sus camaradas, sus amigos tan opulentos como ellos, no dan á un pobre ilustre de una vez para toda la vida, ó cuando menos para algunos años, y no que le obligan á estar volviendo á sus umbrales y llamando á sus puertas cada día? El conde de Lemos alcanza nuestra gratitud por los beneficios que hizo á Cervantes, y en él al género humano; pero si tomando el quinto de su renta anual le hubiera asegurado su fortuna con una casita de campo, una heredad donde el hombre de ingenio hubiera ido á sepultarse, tranquilo respecto del pan de cada día, á la gratitud hubiéramos agregado la admiración, y tendríamos placer en llamarle Augusto al señor conde, siquier Mecenas, protectores apasionados del talento y las virtudes.

El embajador de Francia mostró una ocasión viva sorpresa en Madrid de ver que hombre como Cervantes no estuviese aposentado en un palacio, y servido como príncipe á costa del Gobierno. Esto nos reduce á la memoria la hermosa fundación de los atenienses llamada Pritaneo, donde los ciudadanos que habían merecido bien de la patria por la inteligencia, la sabiduría, el heroísmo, las virtudes extraordinarias, se recogían á vivir á expensas de la Repú-

blica, la cual no escatimaba ni el tesoro común, ni los miramientos debidos á tan singulares personajes. Logista Cario, llegando á tiempo á la buhardilla de la ciudad de Burdeos para que Inarco Celenio no fuese á la cárcel, le está preguntando con tristeza al señor de la Revilla, si no pudiéramos decir hoy como en tiempo de Cervantes: *Iberia semper incuriosa suorum?* Hubo extranjeros que pasaron á España sin más objeto que conocer á tan egregio varón; y muchas veces se llenaron de asombro al ver la inopia en que se estaba consumiendo ese grande hombre. No estaría Cervantes tan bien en su patria, cuando se insinuó con los Argensolas para que le llevasen consigo á Nápoles. Éstos, menos hidalgos que poetas, se lo ofrecieron, y burlaron su esperanza con el olvido. Desengaños, amarguras, á cada paso en el autor del *Quijote*. Don Manuel de la Revilla cumple con su deber cuando intenta salvar á España salvando á Cervantes; pero el defecto de armadura está allí, y bien á la vista. Más decimos: los españoles no han conocido el mérito, ó más bien todo el mérito de su gran compatriota, sino cuando éste, dando golpes en su tumba desde adentro, ha llamado la atención del mundo con un ruido sordo y persistente. Y aun así, no son los españoles los primeros que le han oído, sino ciertos insulares cosmopolitas para quienes son patria propia las naciones donde descuellan grandemente la inteligencia y el saber humano. Los ingleses, con su admiración alharacuenta por Cervantes, sus traducciones del *Quijote*, sus comentarios, le han sacado á la luz del día y le han puesto al autor entre Homero, Platón, Virgilio, Tácito y los autores más esclarecidos de todos los tiempos; y su obra entre la *Ilíada*, la *Lusiada*, la *Divina Comedia*, el *Decamerón*, el

Orlando furioso y más obras que acostumbramos llamar clásicas y maestras. España descuenta hoy día con el amor y los honores, el olvido y los ultrajes que devoró Cervantes en la tierra; y tan alto el precio en que tiene á su grande hombre, que no le sería bien contado al que hoy saliese volviéndose notable con la menor ofensa á su memoria. Nosotros, gracias á Dios, hemos respetado siempre á ese rey de la pluma; y tanto le hemos compadecido por lo infeliz, que nunca hemos contemplado en su suerte sin sentir húmedos los ojos. En cuanto á volver por él, ni tenemos contra quien ahora, ni nuestras fuerzas serían para entrar en tan grandiosa estacada. Con todo, si acudieren caballeros aventureros, que nos repartan el sol, y aquí estamos los mantenedores, no como el doncel de don Enrique, puesto el encaje, sino el rostro descubierto, para que se vea si el semi-bárbaro de América es paladín leal ni tiene miedo.

CAPÍTULO X

Hay un español para quien los defectos mismos de Cervantes son perfecciones dignas de imitación, y sus errores axiomas y reglas del lenguaje más cumplido. Garcés, en sus *Fundamentos del vigor y la elegancia de la lengua castellana*, obra de mérito incuestionable, pone de muestras lugares del *Quijote* que harto dan á conocer que el autor no tuvo gran cuenta con la tersura y pulidez requeridas siempre por las obras de tomo. Virgilio impuso á sus testamentarios Tuca y Vario la obligación de echar al fuego al

Eneida, porque no la había traído al cepillo tantas veces cuantas él quisiera: Cervantes no leyó ni una sola su manuscrito, y así lo dió á la estampa, lleno de lunares, como todo el mundo sabe. El autor de los *Fundamentos* arriba mencionados es un peripatético antiguo, de esos que se hubieran dejado moler en un pilón antes que entrar en cuentas con el maestro. Pero el *magister dixit* no es razón, y los votos pedarios no resuelven los grandes asuntos de interés general y perpetuas trascendencia. Ni el respeto debido á la autoridad de Cervantes, ni el peligro de caer en vanitorio han sido bastantes para que nos abstengamos de hacer una tácita censura de ciertos pasajes donde flaquea ese gran entendimiento, donde verosimilitud y decoro están brillando por la ausencia. Decimos tácita censura, porque nunca nuestra osadía hubiera acometido la obra de corregir de manera didáctica los que á nosotros nos parecen defectos, en un corazón, eso sí, con los críticos más autorizados de España y otras naciones. Si Homero mismo cae en esa pesada soñolencia de que habla Horacio, *quandoque bonus dormitat Homerus*, ¿qué mucho que otro cualquiera, por despierto que ande á las prescripciones del arte y las advertencias del buen gusto, iinda la cabeza á esa deidad indolente que suele nacer de la fatiga y el descuido?

En mala hora el triste Avellaneda fué á tomarle en el camino á Don Quijote, y le llevó á las justas de Zaragoza, cumpliendo con el programa de Cervantes: si esto no sucede, el caballero andante, en manos de su legítimo conductor, va allá, y en teatro más adecuado para su índole y su profesión, sigue desenvolviendo su gran carácter de paladín esforzado é invencible caballero. Allí, en la esta-

cada, su gentil persona está como en su centro : á las justas de Zaragoza concurren, suponemos, Beltrán Duguesclin, Pierre de Brechemont; miser Jacques de Lalain, el señor de Bouropag; Juan de Merlo, don Fernando Guevara, Suerdo de Quiñones y otros muchos aventureros de las naciones caballerescas. Don Quijote de la Mancha se afirma sobre los estribos, requiere su buena lanza, y ora venid juntos, ora venid solos, da sobre ellos, andando tan brioso y activo Rocinante, que no parece sino que le han nacido alas á posta para esa aventura. Concluída la batalla, las princesas y señoras de alta guisa que están en sus tabladros de colgaduras de terciopelo, baten palmás exclamando : « ¡ Honra y prez á la flor y nata de los andantes caballeros ! ¡ Bien venido sea á estos reinos el desfacedor de agravios, enderezador de tuertos, sombra y arrimo de doncellas menesterosas ! » Y luego oye el vencedor un suspiro largo y apasionado, y se encuentran los suyos con unos ojos negros que le están devorando, y viene una dueña, y á furto le dice : « Señor Don Quijote, lléguese á ese palacio, si es servido, que mi señora la princesa Lindabrides quisiera comunicar con su gallardía cuatro razones ». Pero no, nada de esto que es tan propio de Don Quijote, sino que el miserable Avellaneda le coge y le hace dar de azotes en la cárcel ! ¡ Azotes á Don Quijote de la Mancha, el carácter más elevado, el loco más respetable por la virtud, el más honesto y digno de cuantos son los hombres ! Ese Don Quijote preso, con sentencia de azotes sobre sí, la pena de los infames, ¿para qué sirve ya? Después de los azotes, Jesús mismo no tiene sino morir : ni desdicha, ni vilipendio, ni dolor como ese en el mundo : el que los lleva, cúrese con la muerte del género humano, ó sucumba : el sepulcro úni-

camente puede serle disculpa á la opinión de los hombres. *Me acomodaron con ciento*, decían los ladrones descarados, cuando se usaba ese horrible castigo.

Á espaldas vueltas me dieron
El usado centenar,

dice otro pícaro sinvergüenza. Y la pena de los rufianes, los alcahuetes y los pillos al dechado del pundonor y la hidalguía, á Don Quijote de la Mancha ! Si un vecino compasivo no le salva, azotan á Don Quijote, y el menguado Avellaneda está triunfante.

Addison ideó un carácter en el cual concurriesen todas las virtudes filosóficas y morales, y lo encarnó en la persona de sir Roger de Coverley, la cual triunfa en el *Espectador de la Gran Bretaña*, ni más ni menos que *un buen hombre Ricardo* de Benjamín Franklin. Sir Roger es bueno, pacífico, sufrido : sir Roger es amable, ameno, abunda en instrucción y buen juicio : sir Roger profesa la tolerancia, mira con benevolencia al prójimo, perdona agravios y no los irroga jamás. Girando en la órbita de la modestia, sir Roger expone ideas elevadas, practica las buenas obras, sus costumbres son irreprochables. Sir Roger es el timbre de Addison, quien le eleva y purifica más y más en cada número de su insigne periódico. Con justicia aborrecemos nosotros los colaboradores : Addison tuvo un colaborador, en hora menguada. De repente, un día aciago, sin que su amigo, protector y padre tuviese noticia de su desgracia, sir Roger comparece en una taberna, alzando el codo, cosa que nunca había hecho, en una escena vergon-

zosa entre mujeres de mal vivir. El Espectador genuino, el austero Addison, estuvo en un tris de caerse muerto cuando le vió : aturdido, desesperado, entra á su casa y le mata á sir Roger de Coverley. Al otro día, en el número siguiente, el pobre sir amaneció muerto. Todos sintieron y todos aplaudieron : un gran carácter envilecido de repente, debe morir. Steele, el colaborador de Addison, cometió un abuso de confianza : sir Roger no era suyo : si tuvo necesidad de un hombre bajo, ¿por qué no fué á buscarle entre los mandilejos de la hampa? No de otro modo Alonso Fernández de Avellaneda ha tomado á Don Quijote de la Mancha, le ha metido en la cárcel entre carlancones y delincuentes, y le ha condenado á pena de azotes. ¿Azotes á Don Quijote de la Mancha, caballero de los Leones, émulo de Amadis de Gaula, amante de la sin par Dulcinea, que mañana tendrá dos ó tres coronas con que premiar á sus escuderos !

En esto finca justamente nuestra queja más amarga contra Miguel de Cervantes : quejas, también de él, con ser quien es, las tenemos. Alonso de Avellaneda le lleva á las justas de Zaragoza al invencible Don Quijote, y lejos de hacerle justar y romper lanzas con el señor de Charni ó con Diego Pimentel, le hace consumir mil necias locuras en la calle, para que le arrastren á la cárcel y le den de azotes. Cervantes, que si no mató al hijo de su imaginación cuando le vió infamado, debió haberle hecho comparecer más alto y garboso en el escenario de la caballería, endereza su camino á Cataluña y, con un cartel infamante á la espalda, le hace dar vueltas por las calles de Barcelona, seguido de un tropel de muchachos burladores, de canalla soez y pícaros que empiezan á echarle cohombros y cortezas de

naranja. Para colmo de absurdo y negadez, allí está don Antonio Moreno, su huésped, exponiéndole á la mofa de la ciudad y los insultos de los rufianes; don Antonio Moreno, hombre de bien y de chapa, según nos le da á conocer Cervantes mismo. Los azotes con el cartel, allá se van : el uno se hundió, pero el otro también cayó. Esta escena del *Quijote*, sin propiedad, porque no es caballeresca; sin decoro, porque las virtudes del héroe están escarnecidas; sin gra-cejo, por insulsa, es el tributo que los grandes escritores suelen pagar al mal gusto y el error. El paso de Don Quijote en las calles de Barcelona con un cartel infamatorio á la espalda, es la burla de Milton en su poema, esa gran majadería donde los demonios se están riendo de los ángeles y haciéndoles fuego de cañón : es Childe Harold cuando se da cordelejo con los trascantones y palanquines de Newgate.

Sólo en Virgilio, el más puro, más atinado de los autores, no hay, dicen, ni un solo pasaje indecoroso. Y vaya esta excepción, por ser la única, en abono de Cervantes. ¿Oh, y cómo Don Quijote no hubiera pensado jamás en ir á Barcelona ! Los caballeros andantes lo son, cabalmente porque corren el mundo en busca de las aventuras; aventuras que los están esperando por encrucijadas y despoblados, no por ciudades curiosas y nada fantásticas. Princesas á la grupa de caballeros moros; gigantes desemejables; endriagos y vestiglos, malandrines y follones, en los caminos y las sierras. Palacios encantados, ciudadelas de honda cava y ancho foso, castillos de torres de plata : enamos, atalayas, encantadores, mágicos ¿en dónde sino en los Pirineos? Ó váyase á Damiata el aventurero; allí puede cortarle la

cabeza al perverso nigromante descaminador y despolador de las embocaduras del Nilo. Los ejércitos de Alifanfaron de Trapobana y Pentapolin del arremangado brazo, ¿se les encuentra en la esquina de la calle por ventura, entre los regatones que van gritando : ¡ Albillo como el agua ! ¡ besugo ! ¿ besugo ? Todo eso es aventura, y aventura no ocurre donde el policial anda arrastrando el sable, sino donde un loco gracioso puede embestir á mansalva con cuanto vizcaíno y cuanto fraile encuentra por esos mundos de Dios. Don Quijote en Barcelona es un eclipse lamentable : Sancho Panza ha casi desaparecido, y es lástima. Pues el sarao... ¡ qué sarao ! Señoras de rumbo, cuales deben ser las que componen estas fiestas, en casas tan principales como la de don Antonio Moreno; niñas en quienes inocencia y delicadeza no pueden ir separadas; hermosas que obligan á la consideración y el respeto con el porte elevado y señorial, no son para burlarse de un pobre loco, así, como gente de escalera abajo, con tanta ordinareiz y grosería, y menos cuando el caballero es huésped de la casa, circunstancia que imprime en él carácter de sagrado. En vez de un concurso de reinas y doncellas caballerescas, donde el gran Don Quijote hubiera resplandecido por la cortesía, están allí cuatro locas que le toman, le hacen dar vueltas, le pisan, le cansan, le marean, le botan y le dejan arrastrando en tierra. « Caballero andante es una cosa que en dos palabras se ve apaleado y emperador : hoy está la criatura más desdichada del mundo, y mañana tendrá dos ó tres coronas que ofrecer á sus escuderos. » Esto sí; mas caballero andante no es utensilio de galopín, ni objeto que está á los pies de los caballos. ¿ No sabían, sin duda, las señoras catalanas, que caballeros andantes

son señores á quienes sirven las Gracias, cuyos pies lavan los Amores con agua de jazmín y rosa?

Nunca fuera caballero
De damas tan bien servido,
Como fuera Lanzarote
Cuando de Bretaña vino :
Princesas curaban de él,
Doncellas de su rocino.

Los palos, como anexos á los andantes, no los envilecen ya; y como el darlos y el recibirlos viene en ellos vertiendo sal, los admite de buen grado el lector, y aun los echara menos, si faltaran; pero los azotes... pero el cartel... pero el baile... *Je veulx qu'ils donnent une nazarde à Plutarque sur son nez*, dice el autor de los *Ensayos*, *et qu'ils s'eschaudent à injurier Senèque en moi. Il fault musser ma faiblesse sous ces grands credits*. Sí, que le den un papiro-tazo á don Juan Bowle en mi nariz, y se abran á la injuria contra don Diego Clemencín, si hay españoles sin ojos para ver, sin oídos para oír. Don Quijote en Barcelona es un salsa de perro, un raya en el agua indigno de la púrpura imperial. ¿ Mas qué importa ese montón de tierra en medio del verde bosque donde cantan las aves del paraíso tantas y tan bellas y con tan grata melodía? Mujer fuerte, ¿ quién la hallará? obra sin defecto, ¿ dónde estará? El *Quijote*, grandiosa epopeya de costumbres, no pudo haber salido sin ningún desbarro que por el contraste nos hiciese admirar la perfección y gracia de la obra en su conjunto; bien así como el desperfecto fortuito de una cara hermosa está

recomendando lo cumplido de las facciones, y poniéndonos en el artículo de exclamar : ¡ Qué ojos ! ¡ qué labios ! sin esa excrecencia impertinente, esa mujer fuera una diosa.

CAPÍTULO XI

Entre los pecados y vicios de las buenas letras, el peor, á los ojos de los humanistas hombres de bien, es, sin duda, el que llamamos plagio ó robo de pensamientos y discursos. Crisipo en la antigüedad era maestro tan sin escrúpulo, que tomaba lo suyo donde lo encontraba; y suyo era, en su concepto, lo bueno, lo grande que los filósofos alcanzaban á idear y expresar en la Academia, el Pórtico ó el Liceo. Corneille, en nuestros tiempos, ha tomado con admirable franqueza de los autores cuanto ha sido de su gusto, y lo ha vendido por original. Ni en el filósofo antiguo, ni en el poeta moderno acredita eso pobreza de inteligencia, sino así, una como familiaridad y confianza, mediante las cuales los bienes de sus amigos son como suyos, y por tanto buenos para el uso propio.

Había en un plantel de educación superior un estudiante de los más notables por el ingenio, los bienes de fortuna y la posición social de sus señores padres. Rico además, su guardarropa era tan abundante, que bien hubieran podido salir de él de tiros largos todos sus condiscípulos. Pues este gran señor de colegio hacía lo que Crisipo, tomaba lo suyo donde lo encontraba, y suyo era pantalón, capa ó

sombrero que podía haber á las manos. Y no que fuese guardoso ruín de lo propio, sino al contrario tan maniabierto, que los pobretes de entre sus camaradas se emperejilaban, acicalaban y componían por la mayor parte á costa suya. Eso de echarse encima el primer mantón que hallaba, y largarse á la calle, era de todos los días; y muchas veces le sucedió coger y ponerse un turumbaco ó torre de Francia de un buen viejo catedrático, casado en segundas nupcias y doctor en teología; con lo cual queda dicho que el sombrero, sino del tiempo de la conquista, por lo menos era anterior al serenísimo Carlos IV, que Dios tenga en su santa gracia. Acuérdomé haberle topado una ocasión en el portal del Arzobispo de la ciudad de Quito muy puesto en orden con su buen manteo negro, de vueltas peladas y desflecadas, y el susodicho turumbaco ó torre de Francia, el cual por lo quebrado del ala, parecía sombrero de tres picos. Verle y echarme á reír, todo fué uno. Él iba de prisa, según su costumbre : sin pedirme explicaciones ni echarme el guante, pasó ese como Santo Tomás ó San Atanasio, que así me figuro han de haber andado los teólogos de su época. Como entro yo al colegio, he allí un clérigo que se me llega cojín cojeando y me interroga : « ¿ No has visto en alguna parte á ese loco de Vicente ? Aquí me tienes que se fué con mi manteo, pensando que era su capa. — El manteo de usía, señor, y el sombrero del doctor Angulo : por allá va ».

Las prendas que tomaban Crisipo y Corneille eran, sin duda, más elegantes y valiosas; pues yo supongo que no habrán ido á enriquecer sus obras con arandelas y argamandelas teológicas que los hubieran vuelto ridículos por extremo. Escritores hay tan sin género de aprensión, que

ni siquiera se toman la molestia de dar otra forma á las alhajas que saltean; donde otros están haciendo memoria y averiguando consigo mismos si tal idea no pertenece á tal filósofo, si este pensamiento no lo expresó ya ese historiador ó poeta? La verdad es común á todos, dice uno que se burla de los que le acusan de plagiarlo : el que la dice antes, no le quita á nadie el derecho de decirla después. Con la autoridad del viejo gascón, el filósofo de los *Ensayos* ahora poco mencionado, pudiéramos prohiar ó repetir ciertas cosas que cuadran con nuestra índole; mas entre el crear y el imitar, entre el tener y el coger, entre el producir y el pedir, la palma se la llevará siempre el ingenio rico y fecundo que halla cosas nuevas, ó reviste las conocidas de tal modo que vienen á parecer originales y sorprendentes. *La imaginación no es más que la memoria en forma de otra facultad* : si ésta es ocurrencia nuestra, ó puro recuerdo antiguo y confuso, no lo sabemos; mas como no somos de los que toman *su bien* en donde lo hallan, hemos querido advertirlo en orden á la materia de este capítulo. Pongamos que la idea es de autor antiguo ó moderno; ¿quién nos quitaría á nosotros el poder de amplificarla y desenvolverla según el caudal de nuestras facultades? Sí, la imaginación es la memoria; la memoria tergiversada de tal modo, que no se conoce ella misma : imaginación es memoria cuyos mil eslabones rotos y dispersos va tomando la inteligencia y acomodándolos de manera de formar con ellos imágenes nunca vistas, las cuales son anagramas de las vistas y conocidas. No hay figura que no sea un recuerdo ó un conjunto de recuerdos : de muchas reminiscencias, la imaginación pergeña un cuadro hermoso y nuevo.

Esto nos engolfaría quizá en el sistema de Aristóteles, según el cual nada hay en el entendimiento que no haya pasado por los sentidos. *Nihil est in intellectu quod non prius fuerit in sensu*. Pero las ideas innatas mismo, ¿acaso lo son ni se llaman así porque le ocurren á uno por la primera vez, sin que antes á nadie le hubiesen ocurrido, sino porque, según el sentir de algunos, nacen con el hombre, sin que en ellas tenga parte la enseñanza del mundo, ni las lecciones que le dan al alma la luz, el calor ni los objetos palpables? Puede haber ideas innatas, y esto en ninguna manera da al través con este axioma : La imaginación no es más que la memoria tomada por partes, y acomodada de cierto modo que viene á parecer facultad distinta. Un hombre privado de memoria, de hecho queda sin imaginación : le faltan los recuerdos, las vagas y lejanas reminiscencias, y no le es dado componer esos conjuntos admirables en que el alma se recrea teniendo debajo de su albedrío á esa esclava activa y pintoresca que llamamos imaginación. El orden y la exactitud en los fenómenos y los acontecimientos constituyen la memoria : imaginación, en cierto modo, es desorden y olvido de la memoria. Un collar de piedras preciosas de diferentes colores artísticamente engarzadas, representará la memoria : el diamante cristalino, el rubí que está echando fuego, el zafiro de celestes visos, la verde esmeralda, el ónice apagado, todos con sus significaciones respectivas, darán idea de la memoria, esta rica facultad que si se desquicia un punto, cae desbaratada; y las mismas piezas, sueltas y revueltas en resplandeciente muchedumbre, son elementos de la imaginación. Sin almáciga de ideas, no hay facultad imaginativa; y como sin recuerdos el círculo de ideas sería menguadísimo, resulta